



Morir para dar vida

PARROQUIA
SANTA MARÍA DE LA ESPERANZA
18 de MARZO de 2018
Quinto DOMINGO DE CUARESMA. "B"



CONFIANZA ABSOLUTA

Nuestra vida discurre, por lo general, de manera bastante superficial. Pocas veces nos atrevemos a adentrarnos en nosotros mismos. Nos produce una especie de vértigo asomarnos a nuestra interioridad. ¿Quién es ese ser extraño que descubro dentro de mí, lleno de miedos e interrogantes, hambriento de felicidad y harto de problemas, siempre en búsqueda y siempre insatisfecho?

¿Qué postura adoptar al contemplar en nosotros esa mezcla extraña de grandeza y miseria, de grandeza y pequeñez, de finitud e infinitud? Entendemos el desconcierto de San Agustín, que, cuestionado por la muerte de su mejor amigo, se detiene a reflexionar sobre su vida: "Me he convertido en un gran enigma para mí mismo".

Hay una primera postura posible. Se llama resignación, y consiste en contentarnos con lo que somos. Instalarnos en nuestra pequeña vida de cada día y aceptar nuestra finitud. Naturalmente, para ello hemos de acallar cualquier rumor de transcendencia. Cerrar los ojos a toda señal que nos invite a mirar hacia el infinito. Permanecer sordos a toda llamada proveniente del Misterio.

Hay otra actitud posible ante la encrucijada de la vida. La confianza absoluta. Aceptar en nuestra vida la presencia salvadora del Misterio. Abrirnos a ella desde lo más hondo de nuestro ser. Acoger a Dios como raíz y destino de nuestro ser. Creer en la salvación que se nos ofrece.

Sólo desde esa confianza plena en Dios Salvador se entienden esas desconcertantes palabras de Jesús: "Quien vive preocupado por su vida la perderá; en cambio, quien no se aferre excesivamente a ella la conservará para la vida eterna". Lo decisivo es abrirnos confiadamente al misterio de un Dios que es Amor y bondad insondables. Reconocer y aceptar que somos seres "gravitando en torno a Dios nuestro Padre". Como decía Paul Tillich, "aceptar ser aceptados por El".

